



OH DIOS, TEN COMPASIÓN DE ESTE PECADOR

MOMENTO ORANTE

Señor Jesús, manso y humilde de corazón
Necesito tu misericordia.
No acierto a perdonar, el rencor me quema,
las críticas me lastiman, los fracasos me hunden,
las rivalidades me asustan.
Mi corazón es soberbio.
Dame la gracia de la humildad.
La gracia de perdonar de corazón.
La gracia de mantenerme sereno y feliz
Abre, Señor, espacios libres dentro de mí para que
los puedas ocupar Tú y mis hermanos.
Regálame un corazón desprendido, como el tuyo;
un corazón manso, paciente y benigno.
Cristo Jesús, manso y humilde de corazón,
haz mi corazón semejante al tuyo (Ignacio Larrañaga).

TEXTOS ORANTES

El Salmo 32 (vv. 3-4)
Lc 1, 48-49. 51-53; Lc 4, 18-19; Lc 5, 31-32; Lc 14,11
Lc 15, 11-32 especialmente los vv. 14-20; Lc 19,1-10
Mat 23,12; y Lc 10, 21= Mt 11, 25-26; Lc 1,
Mc 2, 17; Mt 9, 12-13; Mt 11,28 - 30
1 Corintios 13,4-7; Filipenses 4,1-11; Efesios 4,1-6;
Colosenses 3,12-13; 1 Pedro 3,8

"Bienaventurados los que saben dar sin recordarlo
y recibir, sin olvidarlo"

* La parábola resalta: el *realismo espiritual* en que se apoya la oración del publicano. Este valor religioso se señala en un hombre que ora movido por el deseo de *relacionarse con Dios en la verdad*, a un orante que ha comprendido que a Dios debemos dirigirnos con la *disposición interior de los pobres*.

* La oración del publicano sube hacia Dios como *homenaje a la verdad*. Se sabe pecador, el más pobre de todos los hombres. Y la verdad que su conciencia le revela en su interior, él la reconoce delante de Dios con la auténtica voz del corazón. «Reconocí ante ti mi pecado, no te encubrí mi falta; me dije: Confesaré al Señor mis culpas» (Sal 32, 59). *Amén*, así es, así sea.

* Ora consciente de que está hablando con Dios que «ve el corazón del hombre» (Lc 16, 15), y es el *Misericordioso*. Lo invoca elevando hacia él un alma pobre. Su oración está fundada en la verdad. Tú eres el Misericordioso. Mira con misericordia la pobreza de éste que está delante de Ti. (Sal 51, 3.9.19).

«BAJÓ A SU CASA JUSTIFICADO...»

A Dios le ha *agradado* la oración humilde y veraz del pecador arrepentido, y *lo ha escuchado*. La súplica del publicano era *la oración de un «justo»*, que encontró acogida delante de Dios.

Se abrió al Amor de Dios. «Bajó a su casa justificado»: en el mismo momento en que confesaba su «injusticia» e imploraba la misericordia divina, Dios lo *agraciaba como «justo», como un hombre en sintonía con los designios de su misericordia.*

Todos somos pecadores y pobres (cf. Rom 3, 9-10.23-24), la misericordia divina es elemento primordial en la estructura de la Revelación y una verdad central en la relación hombre-Dios. Orar como oró el publicano significa hacer propia esta verdad y permitirle a Dios *actuar eficazmente* en nuestra persona.

El publicano fue «justificado» por Dios y el fariseo no. Su oración era *justamente* la oración de un hombre que establecía con Dios una relación *justa*, la oración de un «pobre en el espíritu» que se abre a los efluvios de la misericordia divina.

«TODO EL QUE SE ENALTECE SERÁ HUMILLADO...»

La oración evangélica tiene que estar en perfecta sintonía con la dinámica del misterio de la Buena Noticia de Cristo redentor.

a. Primado evangélico de la misericordia de Dios

Dios derrama con abundancia sus dones sobre los humildes «El que quiera ser *primero*, que se haga *último* de todos y servidor de todos» (Mc 9, 35; Lc 9, 48); «El que se haga *pequeño* como este niño, ése es *el mayor* en el reino de los cielos» (Mt 18,4).

«Sí, Padre, así te ha parecido bien» (Lc 10, 21= Mt 11, 26). La Buena Noticia es una manifestación de la *misericordia de Dios*. Dios se revela en Cristo Jesús como el Misericordioso (Lc 5, 31-32) Jesús -evangelio de Dios para todos- ha venido como «médico» y para llamar a la «conversión» (Mt 4, 17; Lc 24, 47). «Os aseguro que habrá más alegría en el cielo...» (Lc 15, 7. 22).

b. Primado evangélico de la «pobreza de espíritu»

La oración del hombre será «justa» y agradable a Dios en la medida en que exprese una sincera voluntad de presentarse ante el Señor como uno de aquéllos a quienes Jesucristo vino a «buscar», a «llamar a la conversión», a «sanar», a «salvar». La oración de un discípulo de Cristo debe nacer de esa disposición interior de humildad y «pobreza de espíritu» propia de un creyente *dispuesto a colocarse ante Dios tal como el mismo Dios lo ve en Cristo Jesús: como un pecador que, por su pobreza, atrae hacia sí la mirada misericordiosa del Padre celestial.* Y ésta es precisamente la actitud orante del publicano: «¡Oh Dios, ten compasión de este pecador!».

Los que, se incluyen a sí mismos en el número de los pecadores por los que Cristo ha venido al mundo y ofrecen su pobreza a Dios, se hacen así *disponibles* al don curativo y salvífico de la Buena Noticia y lo reciben de manera infalible. Toda la riqueza del reino de los cielos se pone a su disposición. Y en este sentido, es verdad que *«quien se humilla será enaltecido».*

La enseñanza de la parábola apunta a la relación entre *oración* y fe en lo más íntimo de las estructuras operantes del *misterio evangélico*. La oración es una expresión de la fe; y la fe, a su vez, es la adhesión del corazón de la mente a la verdad de Dios que se nos ha revelado en Jesucristo. En Jesucristo -Buena Noticia de salvación para toda la humanidad- Dios viene al encuentro de una humanidad ofreciéndole su misericordia como fuerza curativa y salvífica. La oración es el acto por medio del cual el hombre dice “amén” a este misterio; es el realismo espiritual de un «pobre» que pide a Dios lo que el mismo Dios espera de él; que tu misericordia sea mi salvación. Es verdadera oración, ya que dirige a Dios una palabra de verdad que responde a la verdad de la Buena Noticia.